

Con esto quedó abierto el camino del trono á su hermano Sancho que tan ansiosamente habia mostrado codiciarle. Reinó, pues, Sancho I, y reinó el primer año con sosiego y tranquilidad. Pero al siguiente (956) «dispuso el Dios de las venganzas, dice no sin oportunidad un escritor moderno, que sufriese los mismos trabajos que él habia hecho padecer á su hermano, y por los mismos caminos y con resultas todavía mas pesadas.» Y así fué, que el conde Fernan Gonzalez, que parecia ser el instrumento escogido por la Providencia ó para castigar los vicios ó para poner á prueba las virtudes de todos los reyes de Leon; este mismo conde que años antes habia sido el alma de las pretensiones de Sancho contra su hermano Ordoño III, concertóse ahora con otro Ordoño, hijo de Alfonso (monje de Sahagun), para destronar al que antes habia favorecido. Fernan Gonzalez habia casado á su hija Urraca, la repudiada de Ordoño III, con este otro Ordoño, y entraba en sus intereses colocar otra vez á su hija en el trono de Leon. Esta vez fué el conde de Castilla mas afortunado: logró cohechar las tropas del rey, faltóle á Sancho el apoyo de la fuerza material, y se vió precisado á huir de Leon y buscar un asilo en Pamplona al lado de García su tío, dejando el trono á merced de otro Ordoño, cuarto de su nombre.

No negó el navarro al destronado sobrino la hospitalidad debida al infortunio, mas no se atrevió ó no pudo suministrarle socorros positivos con que pudiese recobrar el perdido trono. Aconsejóle, sí, que pasara á Córdoba á ponerse en manos de los médicos árabes para que le curaran aquella excesiva obesidad á que debió el sobrenombre de Sancho *el Gordo* ó Sancho *el Cruso*, con que es conocido en la historia: grosura tal, que le inhabilitaba, dicen, para montar á caballo y para todo ejercicio militar, que en unos tiempos en que tan necesaria era la actividad personal á los reyes equivalia á imposibilitarle para el gobierno del reino. Decidióse Sancho á hacer el viaje, despachó García embajadores al califa cordobés, hizo que acompañaran á su sobrino varios personajes de su corte, entre los cuales afirman algunos haber ido la reina madre, Teuda, abuela de Sancho. Aunque el objeto ostensible de este viaje era la curacion del obeso monarca, llevaba además el fin político de interesar al califa en su favor por si llegaba la oportunidad de poder reclamar sus derechos al trono: que ya los reyes de Leon y de Navarra no eran aquellos primitivos caudillos de groseros y rudos montañeses, sino príncipes que sabian manejarse con una astucia que hoy llamaríamos diplomacia.

Fué Sancho recibido en Córdoba con aquella cortesania que distinguia á los árabes, y Abderrahman le hizo alojar en su mismo palacio, dándole sus propios médicos para que le asistiesen y tratasen. Plácenos ver á dos príncipes de enemigas religiones y pueblos, al uno arrojarse confiadamente en brazos del otro, buscando en él y en sus sabios el remedio á sus males, al otro hospedándole en su propio alcázar y haciendo servir á su bienestar la ciencia de sus doctores, siendo tan admirable la generosa correspondencia del sarraceno como la noble confianza del cristiano. Tuvo Sancho la fortuna y los médicos cordobeses el acierto de corregir su extremada obesidad, y hasta de volverle toda la agilidad y soltura de la juventud (1). Mas para esto hubo de hacer larga residencia en Córdoba, y en este intervalo se instruía en la lengua de los árabes y en sus costumbres, captábase mañosamente la gracia del califa y del divan mismo, ayudábale tambien el rey de Navarra con sus manejos, y cuando al cabo de tres años de permanencia trató de recuperar el usurpado trono, encontró tan propicios á Abderrahman y sus principales jeques, que llegaron á poner á su disposicion un ejército musulman. Las crónicas no expresan las condiciones del tratado que debió ajustarse entre el destronado huésped y el poderoso Miramolin, pero los resultados inducen á creer que fueron harto generosas por parte del califa y nada humillantes para el rey depuesto.

Vió, pues, España por primera vez con asombro ponerse en marcha un ejército agareno conducido por un príncipe cris-

(1) *Crasitudinem ejus abstulerunt á ventre ejus, et ad pristinam levitatis astutiam reductus, etc.* Samp. Cron. 1. c.

tiano. Empezó este en derechura el camino de Leon (959). Ordoño IV llamado *el Intruso*, y á quien por sus violencias y exacciones apellidaban *el Malo*, no tuvo valor para esperar las huestes sarracenas, y de noche y á la escapada se refugió á Asturias, donde esperaba con ayuda de algunos parciales mantenerse contra su rival. Continúo Sancho majestuosamente su marcha de ciudad en ciudad, aclamándole las mas como libertador, sujetando con las armas á las que le resistian, que eran las menos, porque el escaso partido que tenia Ordoño el Malo acabó de perderle con su cobarde fuga, y apenas habia quien se atreviera á defender su causa. Así llegó Sancho á Leon, donde le esperaban numerosos parciales, y ganada la capital sometióse luego todo el reino de sus mayores.

Ordoño, no considerándose ya seguro en Asturias, pasó con su familia á Burgos: pero allí donde pensaba encontrar mas favor y apoyo, ni siquiera encontró un asilo. El conde Fernan Gonzalez su suegro, único que hubiera podido protegerle, habia salido á defender las tierras de Castilla acometidas por el rey de Navarra, y él y su hijo fueron hechos prisioneros por García en el pueblo de Cirueña (960), y de allí enviados á Pamplona (2). Los burgaleses, sin dolerse siquiera del infortunio y sin mostrarse conmovidos de la suerte de un monarca abandonado y prófugo, apoderáronse de su mujer Urraca y de sus dos hijos, y á él le hicieron salir de la ciudad, no quedándole otro recurso que pasarse á los dominios de los moros de Aragon, entre los cuales vivió algun tiempo haciendo una vida harto desgraciada y miserable, y allí murió ignorado y oscuro, sin que se sepa siquiera el lugar en que acabó su existencia infortunada (3). Tal fué el desastroso fin de Ordoño, cuarto de este nombre, llamado *el Intruso*, y mas conocido en las historias por *Ordoño el Malo*.

De este modo Abderrahman, de enemigo que habia sido de los cristianos vino en cierto modo á hacerse mediador de sus diferencias, y con haber logrado colocar y asegurar en el trono, á su protegido se halló en paz con toda la España. Sancho por su parte, viéndose tranquilo poseedor del reino, pensó en tomar estado, y se enlazó en matrimonio con doña Teresa (961), hija del conde de Monzon Ansur Fernandez, de quien tuvo á Ramiro, que mas adelante veremos reinar tambien.

Aun se prolongó por algunos años el reinado de Sancho. Pero la circunstancia de haber ocurrido este mismo año la muerte del califa Abderrahman III, personaje interesante y colosal del siglo x, nos mueve á dejar por ahora al repuesto rey de Leon para dar cuenta de lo que entre tanto habia acaecido en la corte y dominios de los musulmanes españoles bajo el mas esclarecido de sus príncipes.

Habíase hecho el califa español dueño de una gran porcion de la Mauritania, si bien teniendo que desplegar un rigor y una severidad inflexibles para con las tribus bereberes, que siempre turbulentas, inconstantes siempre, sin fe ni palabra, haciendo causa tan pronto con los Fatimitas, tan pronto con los Edrides, apenas pasaba año en que no fatigasen con alguna revolucion al califa cordobés. Bien se necesitaba el rigor de Abderrahman para tener á raya á aquellos díscolos y volubles africanos.

Un hecho privado, y pudiera decirse casual, vino á proporcionar á Abderrahman la conquista de las principales y mas opulentas ciudades de la costa de Africa. Apoderadas sus escuadras de Túnez, sacaron de allí riquezas inmensas, así en oro y pedrería, como en telas y vestidos de todo género, y como en armas, caballos y esclavos; tanto, que despues de deducido el quinto para el califa, y despues de hacer una distribucion abundante á los generales, capitanes y soldados, hasta el punto de quedar satisfechos andaluces y zenetas, aun le restó al hagib una suma cuantiosísima. Recibióle Abderrahman con alegría grande, hízole muchos honores, y le señaló una renta anual de cien mil doblas de oro.

(2) Moret, Investigaciones, lib. II, cap. 10.—Annal. Compostel. ad ann. 960.—Segun estos Anales, cuando García vió afianzado ya á su sobrino en el trono de Leon, sacó de la prision al conde y le envió libre á Castilla.

(3) Samp. Cron. n. 26.

Pero por grande que fuera el premio que del califa recibiese Ahmed ben Said, aun fué mucho mayor y mas espléndido el regalo que este hizo al emir Almumenin de la parte que le tocó de los despojos de aquella expedicion. Consistió este cébre regalo, segun lo refiere Aben Chalican, en los objetos siguientes: cuatrocientas libras de oro puro de Tibar, valor de cuatrocientos mil zequíes en plata en barras, cuatrocientas libras de madera de linaloe, quinientas onzas de ámbar, trescientas onzas de alcanfor precioso, treinta piezas de tela de oro y seda, ciento y diez pieles de martas finas de Korasan, cuarenta y ocho cubiertas ó caparazones de oro y seda para caballos, tejidas en Bagdad, cuatro mil libras de seda en madejas, treinta alfombras de Persia, ochocientas armaduras de hierro bruñido para caballos de guerra, mil escudos, cien mil flechas, quince caballos árabes de raza con ricos jaeces recamados de oro, cien caballos de Africa y de España bien enjaezados, veinte acémilas con sillones y cubiertas largas, cuarenta esclavos jóvenes y veinte lindas esclavas, todas con vestidos preciosos, y una casida ó composicion larga de elegantes versos en elogio del rey, obra del mismo Ahmed ben Said (1). Todo aparece grande y suntuoso en el reinado del tercer Abderrahman.

No pudiendo ya sufrir Maad ben Ismail, cuarto califa Fatimita, el engrandecimiento del iman de Córdoba en Africa, envió á su caudillo Gehwar el Rumi con veinte mil caballos de Ketama y Zanhaga y muchos mas de otras tribus, con orden de que ocupara los Estados de Almagreb. El walí de Abderrahman de Córdoba reunió tambien sus kabilas de zenetas y mazamudas, y salióse al encuentro ambas huestes. Gehwar ofreció grandes premios al que quitara la vida al walí del califa español, y en efecto logró el placer, que placer era este siempre para todo sarraceno, de enviar su cabeza á Maad ben Ismail, el cual la hizo pasear clavada en una lanza por las calles de Cairwan. A esta victoria siguieron otras, y á principios del año 960 se atrevió ya el vencedor Fatimita á poner cerco á la ciudad de Fez, principal asiento del poder del califa español en Africa. Combatióla dia y noche sin descanso, y al cabo de trece dias la tomó por asalto con gran mortandad de andaluces y zenetas que se defendieron hasta morir: la ciudad fué saqueada, cautivado su gobernador y demolidos sus muros y las torres de sus puertas. En pocos meses se apoderó el valiente Fatimita de todas las ciudades de Almagreb, á excepcion de Ceuta, de Tánger y Tlencen que defendian las tropas de Abderrahman. El cautivo walí de Fez con otros quince caballeros, juntamente con el gobernador prisionero de Sigilimesa, fueron llevados encadenados y desnudos en lomos de camellos; y cubiertas sus cabezas con andrajos de lana y cuernos entrelazados, paseáronlos así por las calles y plazas de Cairwan y de Mahedia y encerráronles despues en calabozos, donde todos perecieron.

Vivamente alarmado Abderrahman con estas noticias, recibidas en ocasion que acababa de perder á su primer ministro Ahmed ben Said, y cuando todavía lloraba las muertes de su hijo Abdallah y de su tío Almudhaffar, en el mal humor que todos estos disgustos le produjeron juró vengar los ultrajes recibidos en Almagreb, y con los arranques de una melancólica desesperacion mandó hacer prontos y numerosos aprestos de gente y naves, y que pasaran á Africa á volver por el honor de los Omeyas y de Córdoba. Embarcáronse con presteza y diligencia tropas de á pié y de á caballo, y unidas con las que guarnecian á Ceuta, Tánger y Tlencen, pelearon con tanto valor y con tan próspera fortuna, que en pocos meses recobraron las ciudades y fortalezas perdidas, y tomaron por asalto á Fez, quedando así dueños de todo el país desde Fez hasta el Océano. En todos los alminbares y mezquitas de Almagreb fué proclamado emir Almumenin el poderoso califa de Cór-

(1) Conde, en el cap. 84, supone este famoso regalo de Ahmed ben Said como hecho de vuelta de su anterior incursion en Galicia. A no dudar se distrajo en esto el ilustrado orientalista español, pues si aun traidas estas riquezas de la opulenta ciudad de Túnez, no puede menos de sospecharse algo de exageracion en el relato, ¿cómo pudo haberlas recogido en las pobres poblaciones cristianas, donde eran además desconocidos la mayor parte de estos objetos?

doaba Abderrahman Anasir Ledinala con general contentamiento y aplauso de los pueblos y kabilas zenetas (2).

Así iban las cosas de Abderrahman en sus últimos años por parte de las armas y de la conquista. Habia pacificado la España árabe aniquilando todas las facciones intestinas que la infestaban; el rey cristiano de Leon era hechura suya; vivia en amistad con el de Navarra; enviados del conde de Barcelona habian venido á su corte; príncipes y monarcas italianos, franceses, esclavones y griegos habian solicitado su amistad y enviádole embajadores que volvian haciendo lenguas de su grandeza; las naves de Egipto y de Túnez habian caido en su poder, y en Africa acababan de triunfar sus armas, y en todas las mezquitas resonaba su nombre como el de un salvador. Réstanos dar cuenta de otra embajada que recibió de otro príncipe contemporáneo, de Othon I, rey de la Germania, emperador de la Alemania despues, llamado el Grande: embajada notable y curiosa, llena de lances dramáticos, que nos revelarán el espíritu religioso y político de los hombres de ambas creencias musulmíca y cristiana en aquella época, y el genio y carácter de Abderrahman.

El califa de Córdoba habia tenido que enviar un mensaje al gran jefe de la *Alomaniya* que ellos decian. La carta misiva de Abderrahman contenia varias frases de aquellas que tan familiares eran á los musulimes y que nunca faltaban en sus documentos oficiales, esto es, elogios de su religion, de la proteccion que Dios dispensaba á los mahometanos contra los infieles, de las excelencias del islamismo sobre el Evangelio y la Cruz y otras semejantes. Parecióronle á Othon estas expresiones otras tantas injurias que se hacian al Dios de los cristianos, y retuvo mucho tiempo á los enviados del califa, como quien temia con su respuesta ocasionar una ruptura. Pero era menester tomar una resolucion, y la resolucion fué despachar una embajada á Córdoba, menos al parecer para tratar de negocios políticos que para responder á la parte injuriosa de la carta de Abderrahman en que se vulneraba la religion cristiana. El sabio Bruno, arzobispo de Colonia y hermano de Othon, se encargó de redactar la respuesta; respuesta en que prodigaba algunos mas denuestos á Mahoma y al Koran que los que de la carta del califa se hubieran podido sacar contra Cristo. Necesitábase para llevar esta carta una persona de resolucion y arrojo, que no temiera arrostrar la cólera del califa. Un monje de la célebre abadía de Gorza se ofreció espontáneamente á ello, acaso con la esperanza del martirio: llamábase este monje Juan, y se le dió por adjunto á otro monje de la misma abadía nombrado Garamanno. Partieron, pues, los dos mensajeros camino de España y llegaron á Córdoba, donde hallaron una acogida benévola de parte del monarca musulman; el cual les destinó una casa distante dos millas de su palacio, los hizo tratar con un lujo verdaderamente régio, pero en aquella especie de cautividad dorada los tuvo mas y mas tiempo sin que pudieran dar cuenta de su misión.

Preguntaron ya los buenos monjes en qué consistia que tanto se tardara en admitirlos á la presencia del rey, á lo cual les fué respondido que pues los enviados del califa habian sido detenidos tres años por su monarca, ellos lo serian tres veces mas, es decir, nueve años. La verdad era que habiéndose traslucido que la carta del rey Othon contenia frases injuriosas á Mahoma y su religion, y prescribiendo expresamente el Koran que el que tal hiciese ó autorizase fuese irremisiblemente condenado á muerte, queria el califa evitar este extremo dando largas y moratorias hasta ver si se hallaba medio hábil de salir de aquel compromiso. Ni el califa queria faltar á la ley, ni hubiera podido aunque quisiera, porque noticiosos los principales musulmanes de Córdoba del contenido de la carta, y recelando que el califa quisiera ser indulgente con los portadores de ella, presentáronse un dia tumultuariamente en palacio, exigiendo la observancia de la ley del Koran, y costó no poco trabajo á Abderrahman sosegar aquel movimiento hijo del celo religioso. Deseando el califa conciliarlo todo del mejor modo posible, envió á decir al monje Juan, que desde luego le recibiria, siempre

(2) Cartas de Abd el Halim.—Conde, part. II, cap. 86.

que no presentase las cartas del rey de Germania: el comisionado de Abderrahman se esforzó inútilmente en hacer ver al monje cristiano los inconvenientes y peligros que esto podía traer: el monje se mostró obstinado é inflexible; pero mas prudente el califa quiso todavía darle tiempo para que lo pensara mejor, á cuyo efecto mandó que se le dejara solo y entregado á sus meditaciones, sin mas compañía que la del otro monje su adjunto.

Al cabo de algunos meses pasó de órden del califa el obispo mozárabe de Córdoba á la habitacion del monje Juan, con el solo objeto de persuadirle á que desistiera de presentar las ya ruidosas cartas, haciéndole ver que de insistir en su empeño, además de seguirse una colision entre los dos pueblos, se veria el califa obligado á usar con él personalmente de una severidad que no podria evitar. Pero si duro habia estado el monje embajador con el que le habia hablado primeramente, estuvo aun mas en esta entrevista con el obispo mozárabe, repudiándole á él mismo por la sumision en que vivian él y su Iglesia á un príncipe mahometano, y concluyendo con decir que nada en el mundo le haria cejar de su resolucio. Comunicada á Abderrahman esta respuesta, todavía quiso evitar un conflicto, y discurrir algun medio de ablandar el duro temple de alma del monje cristiano, que le causaba no poca admiracion. Trascurrieron algunas semanas mas, y nuevos enviados pasaron á tantear las disposiciones del monje de Gorza, al cual hallaron inmutable en su propósito. Entonces el califa determinó ensayar si por el terror conseguia lo que no habia podido recabar por la prudencia y la blandura; y conociendo que la amenaza de un castigo personal no bastaria á doblegar á un hombre de tanto corazon y de ánimo tan firme, hizole entender, que si persistia en su temeridad, decretaria una persecucion contra los cristianos de sus dominios, y que él solo por su obstinacion seria responsable de todas las víctimas y de todas las desgracias que se siguieran. Ni esto bastó á hacer desistir al inexorable monje, parapetándose en que su deber era ejecutar las órdenes de su monarca, sucediese lo que quisiera.

Ya eran los cristianos mozárabes los mas interesados en buscar una solucion á tan difícil y delicado negocio. Hablaron, pues, con el monje Juan, y se acordó proponer al califa que se enviase nueva embajada al rey Othon informándole de los embarazos en que se hallaban, y pidiéndole nuevas instrucciones para ver el medio de salir de ellos. A todo accedió Abderrahman, y como no se encontrara quien se prestase á desempeñar tan delicada mision, publicó un edicto prometiendo un favor especial al que se ofreciese á pasar á Germania, y todo género de presentes para cuando volviese á Córdoba.

Habia en el palacio de Abderrahman un lego llamado Recemundo ó Raimundo, empleado en la secretaria del califa por su instruccion en las lenguas latina y árabe. Viendo Recemundo una ocasion de prosperar y acaso de elevarse á un alto puesto, y asegurado por Juan de que seria bien recibido, aceptó la embajada con una sola condicion, la de obtener el obispado de Illiberis que se hallaba vacante. No tuvo dificultad el califa en acceder á ello, y de simple lego que era se encontró de repente Recemundo convertido en prelado de una de las primeras iglesias de Andalucía (1). Consagrado obispo, y recibidas sus instrucciones como embajador, partió de Córdoba, y al cabo de algunas semanas llegó á la abadía de Gorza, donde fué recibido con mucho agasajo, y aun le acompañaron despues á Francfort, donde Othon tenia entonces su corte. Presentado Recemundo al emperador, fácilmente consiguió lo que deseaba. Othon despachó un nuevo enviado á Córdoba acompañando á Recemundo con un escrito en que autorizaba á Juan á suprimir ó no presentar la carta primera, causa de todos aquellos debates, y á negociar en cambio un tratado de paz y amistad que pudiese fin á las incursiones de los bandidos sarracenos que infestaban el imperio de Othon. Recemun-

(1) Vióse en efecto en la Iglesia mozárabe el ejemplo doblemente extraño de un lego elevado á la dignidad episcopal sin pasar por los grados intermedios, y de un prelado católico nombrado por un emperador mahometano.

do y Dudon (que era el nombre del otro mensajero) llegaron á Córdoba á principios de junio de 959.

Presentóse inmediatamente el nuevo enviado en el palacio del califa pidiendo audiencia. «No consiento, contestó Abderrahman, en ver á nadie sin que venga antes ese monje testarudo que tanto tiempo me las ha estado apostando. Los otros se podrán presentar despues.» Y envió una comision á Juan mandándole comparecer á su presencia. Poco faltó para que otra vez burlara al califa aquel monje singular. Cuando los vazires fueron á comunicarle la órden le encontraron despeinado y con barbas, con su túnica de sayal tosca y no nada limpia. Expusieronle los vazires que para poder presentarse al califa era menester que se hiciera rasurar la barba y peinar el cabello, así como ponerse otro vestido mas decoroso, pues el califa no acostumbraba á recibir á nadie en traje desaliñado. El monje contestó sin turbarse que aquel era el hábito de su órden, y que no tenia otro. Dijéronselo así á Abderrahman, quien se apresuró á mandar diez libras de plata, cantidad que consideró sobrada para que pudiera hacerse un traje cual correspondia. Juan aceptó la suma y dió las gracias al califa por su atencion y generosidad, pero la distribuyó entera á los pobres, y volvió á repetir que no se presentaria sino con su ropaje ordinario. «Pues bien, exclamó ya Abderrahman al anunciarle esta última resolucio, que venga como él quiera, aunque sea envuelto en un saco si así le parece, y decidle que no dejaré por eso de recibirle bien.» Era menester tanta paciencia y bondad del califa para tanta obstinacion y terquedad del monje.

Fijóse, pues, el dia para su recepcion, y Abderrahman hizo desplegar la mas suntuosa pompa y aparato para hacer los honores al ya célebre benedictino. En toda la carrera desde la casa del humilde monje hasta el palacio del poderoso califa estaban escalonadas las tropas de infanteria y caballeria de la guardia, los unos con sus picas apoyadas en tierra, los otros blandiendo dardos y venablos y ejecutando una especie de simulacro de combate, los otros oprimiendo con sus largas espuelas los ijares de sus caballos, y haciéndolos retozar y caracolear de mil maneras. Unos grupos de moros, probablemente dervises, especie de monjes de la religion musulmana, que solian asistir á todas las ceremonias públicas, iban dando saltos y haciendo ridículas contorsiones, ataviados tambien de un modo extravagante y raro. Al aproximarse el monje cristiano al real alcázar salieron á su encuentro los principales dignatarios del califa. El atrio estaba cubierto de vistosas y ricas alfombras. El monje Juan fué introducido al fin por medio de dos filas de magníficos sillones á la presencia del príncipe de los musulimes, que sentado sobre blandos y suntuosos cojines con las piernas cruzadas á estilo oriental aguardaba al embajador en un salon cubierto de riquísimos tapices y telas de seda.

Cuando el monje lorenés estuvo ya cerca del califa español, dióle este á besar la palma de su mano, honor que dispensaba muy rara vez á los mas elevados personajes, nacionales ó extranjeros; y le hizo seña de que se sentara en un sillón que á su lado preparado le tenia. Un intervalo de silencio se siguió á esta ceremonia. Rompió el califa exponiendo las causas que habian retardado aquella audiencia, contestó Juan de Gorza, y en seguida hizo entrega de los presentes del rey Othon; y como luego hiciera ademán de retirarse, «Oh, no, exclamó el califa, no lo consentiré sin obtener antes palabra de que nos habremos de ver muchas veces, y de que nos habremos de tratar para conocernos mejor.» Prometiéndoselo así Juan de Gorza, y salió complacido y satisfecho de haber hallado en el príncipe musulman un hombre que estaba lejos de merecer el epíteto de bárbaro que entonces aplicaban los cristianos á todos los ismaelitas.

Las entrevistas y conferencias se repitieron conforme habian convenido: en ellas se informó el califa de las fuerzas y poder del rey Othon, del número de sus tropas, de su sistema de guerra y de gobierno, y de otras circunstancias, y despues de haber hablado y cuestionado diferentes puntos, y quedado mutuamente aficionados el emir y el monje, partió este á dar cuenta al emperador del éxito de sus negociaciones, con lo cual quedaron amigos el emperador germano y el príncipe

musulman. Tal fué el resultado de la célebre embajada de Juan de Gorza, que pudo haber sido trágico para este y de muy desagradables consecuencias para los dos pueblos sin la extremada prudencia de Abderrahman (1).

Por desgracia no habia sido siempre este príncipe tan tolerante con los cristianos. O era desigual su carácter, ó habia mudado con la edad. Porque diametralmente opuesta habia sido su conducta con el cristiano español Pelayo, aquel jóven sobrino del obispo Hermogio de Tuy que recordará el lector habia sido dado en rehenes á Abderrahman para rescatar á su tío hecho prisionero en la batalla de Valdejunquera. Era, dicen, Pelayo tan hermoso como discreto, y hacia ya tres años que estaba cautivo en Córdoba, cuando informado el califa de sus prendas quiso verle y atraerle á su religion. «Jóven, le dijo, yo te elevaré á los mas altos honores de mi imperio, si renegando de Cristo quieres reconocer á nuestro Profeta como el profeta verdadero. Yo te colmaré de riquezas, te llenaré de plata y oro, te daré ricos vestidos y alhajas preciosas. Tú escogeras de entre los esclavos de mi casa los que mas te agraden para tu servicio. Te regalaré caballos para tu uso, palacios para tu habitacion y recreo, y tendrás todas las delicias y comodidades que aquí se gozan. Sacaré de sus prisiones á quien tú quieras, y si tienes gusto en que vengan tus parientes á vivir en este país, les daré los mas altos empleos y dignidades.»

A estos y otros seductores halagos resistió con entereza y constancia el jóven Pelayo, que contaba entonces trece años de edad. Los escritores cristianos añaden que el califa se propasó á hacer al jóven demostraciones y caricias de otro género, que hubieran sido mas criminales que las primeras, con lo cual enfurecido y colérico Pelayo se arrojó intrépidamente á Abderrahman, y le hirió en el rostro y le mesó la barba, desahogándose en las expresiones mas fuertes contra el califa y contra su falsa religion. El desenlace de este drama fué el martirio del jóven atleta, cuyo cuerpo mandó Abderrahman atenecear, y que despues fuese arrojado al Guadalquivir: horrible muerte, que sin embargo sufrió el jóven cristiano con una resignacion que parecia increíble en su corta edad. Fué el martirio de San Pelayo á 25 de junio de 925. Crueldad tan desusada en Abderrahman, y empeño tan grande en la conversion de un niño que apenas rayaba en la adolescencia, nos induce á sospechar que se mezclaba en ello otro interés que el de la religion, y que no carecen de fundamento las pretensiones de otro género que le atribuyen los escritores cristianos (2).

Esta mancha, la mas negra pero no la sola que afeó el reinado del tercer Abderrahman, y que tanto contrasta con otros actos de generosidad y de tolerancia de su vida, no nos impide reconocer que en lo general fué reinado el suyo lleno de esplendor y grandeza. Protector decidido de las letras y de los sabios, las ciencias y las artes tomaron bajo su influjo un desarrollo maravilloso. La historia, la geografia, la medicina, la poesia, la gramática, las ciencias naturales, la música, la arquitectura, porcion de otros ramos y conocimientos literarios y artísticos, todo prosperó de un modo admirable; fácilmente pudiéramos presentar un largo catálogo de literatos eminentes y de artistas distinguidos, que hicieron célebre en la historia de las letras el reinado del tercer Abderrahman, contando á él mismo entre los poetas y entre los hombres de erudicion no comun. Habíase propuesto que la capital del imperio árabe-hispano fuese el centro de la religion, la madre de los sabios, y la lumbrera de Andalucía. A este fin no perdonaba gasto ni medio para traer á Córdoba los profesores mas ilustres y las obras mas afamadas de todos los pueblos musulmanes: á aquellos los colmaba de honores, y estas las compraba á precio de oro. Sus mismos hijos eran historiadores y filósofos, y el palacio de Meruan, punto de reunion de todos los literatos, era mas bien que el palacio de un príncipe

(1) Suministran estas noticias las Actas de los Santos de los monjes benedictinos, en Mabillon, y las de la *Vida de San Juan de Gorza*; porque este monje se cuenta en el catálogo de los santos.

(2) Raquel, Vida y pasión de San Pelayo mártir. Ambrosio de Morales refiere largamente este martirio, que cantó en versos latinos la monja alemana Rosvita, y que se hizo célebre por los poemas y dramas que sobre él se compusieron en la segunda mitad del siglo x.

un liceo ó academia perpetua, en que se cultivaban todos los ramos del saber que en aquella época se conocian; multitud de obras arábigas de aquel tiempo llenan todavía los estantes de las bibliotecas.

Hasta las mujeres de que se acompañaba eran literatas ó artistas. «Los últimos meses de su vida, dice uno de sus historiadores, los pasó en Medina Zahara, entretenido con la buena conversacion de sus amigos, y en oír cantar los elegantes conceptos de Mozna, su esclava secretaria; de Aixa, doncella cordobesa, que cuenta Ebn Hayan que era la mas honesta, bella y erudita de su siglo; de Safia, hija de Abdallah el Rayi, asimismo en extremo linda y docta poetisa, y con las gracias y agudezas de su esclava Noiratedia: con ellas pasaba las horas de las sombras apacibles en los bosquecillos, que ofrecian mezclados racimos de uvas, naranjas y dátiles.»

Además de los soberbios palacios y jardines de Zahara que hemos descrito en otro lugar, y que la mano destructora del tiempo, ayudada de la no menos destructora del hombre, ha hecho desaparecer, le debió la España la fundacion del arsenal de Tortosa (944), la construccion de un canal de riego y de un magnífico abrevadero en Ecija (en 949), la de un bello mihrab ó adoratorio en la mezquita principal de Tarragona, multitud de otras mezquitas, baños, fuentes y hospitales, y el patio principal de la grande aljama de Córdoba (en 958), llamado hoy patio de los Naranjos, plantado entonces no solo de naranjos, sino de palmeras, de jazmines, de bosquecillos de boj, de mirtos y de rosales, por entre los cuales serpenteaban arroyuelos de puras y cristalinas aguas.

Llegó por fin á Abderrahman su última hora, y como dice uno de sus cronistas, «la mano irresistible del ángel de la muerte le trasladó de sus alcázares de Medina Zahara á las moradas eternas de la otra vida, la noche del miércoles día 2 de la luna de Ramazan, del año 350 (961), á los setenta y dos años de su edad, y cincuenta años, seis meses y tres dias de su reinado, que ninguno de su familia reinó mas largo tiempo: loado sea aquel Señor cuyo imperio es eterno y siempre glorioso.»

Cuenta Ahmed Almakari, que entre los papeles que se hallaron despues de su muerte se encontró uno escrito por él que decia así: «He reinado cincuenta años, y mi reino ha sido siempre ó pacífico ó victorioso. Amado de mis súbditos, temido de mis enemigos, respetado de mis aliados y de los príncipes mas poderosos de la tierra, he tenido cuanto parece pudiera desear, poder, riquezas, honores y placeres. Pero he contado escrupulosamente los dias que he gustado de una felicidad sin amargura, y solo he hallado catorce en mi larga vida.» Otros dicen que hizo esta célebre confesion al filósofo poeta Suleiman ben Abdelgafir en un momento de melancolia. Uno y otro pudo ser muy bien. Así murió Abderrahman III en el apogeo de su poder y de su gloria.

CAPITULO XVI

Alhakem II en Córdoba.—Desde Sancho I hasta Ramiro III en Leon

DE 961 Á 976

Solemne proclamacion de Alhakem II.—Brillantes cualidades de este príncipe. Protege las letras y los sabios.—Riquísima biblioteca de Meruan.—Sus campañas en Castilla.—Ajuste de paz con Sancho I de Leon.—Traslacion del cuerpo del jóven mártir San Pelayo á Leon.—Rebelion de algunos condes de Galicia.—Muere Sancho alevosamente envenenado.—Escena dramática y ruidosa entre dos obispos de Compostela.—Ramiro III de Leon.—Situacion de los demás reinos de España.—Condado de Barcelona. Suniario: Borrell II: Miron.—Navarra.—Muerte de García el Temblon, y principio de Sancho el Mayor.—Castilla.—Muerte de Fernan Gonzalez.—Juicio crítico sobre este célebre conde, y sobre el origen y principio de la independencia y soberania de Castilla.—Imperio árabe.—Guerras de Africa y su resultado.—Extincion del imperio edrisita.—Cultura de la corte de Córdoba.—Las mujeres literatas. Asambleas de hombres doctos y eruditos.—Estadística de la riqueza y poblacion de Córdoba.—Estado de la agricultura y ganaderia entre los árabes.—Sentida muerte del ilustre Alhakem II.—Anuncio de cambio en la situacion de los pueblos de España.

Aquel Abderrahman que decia no haber gustado en los cincuenta años de su reinado sino catorce dias de felicidad, pudo haber contado por el décimoquinto el dia de su muerte.